



San Antón, o San Antonio Abad, tuvo en Atienza, desde épocas medievales, una arraigada tradición a través del convento allí existente, levantado en sus orígenes extramuros de la población, frente a la antigua puerta de la Villa, a juicio del historiador Layna Serrano fundado en el siglo XIII por San Juan de Mata.

Cierto o no cuanto hace al origen de su fundación, dicho convento, convertido con el paso del tiempo en hospital, regido por los canónigos regulares de San Antonio Abad, popularmente conocidos como antoninos o antonianos, atendió históricamente a los enfermos de peste y enfermedades contagiosas, particularmente a quienes padecían el llamado “fuego de San Antón”; enfermedad de origen desconocido durante varios siglos, caracterizada por ulceraciones en la cara, y producida por el cornezuelo del centeno, cuya harina fue el principal elemento para la elaboración del pan hasta siglos recientes en época de carestía del trigo. Igualmente es probable que el nombre de la enfermedad se deba a la atención que a los enfermos prestaban los antonianos.

La vida del santo titular, que ya fue contada en el famoso libro de vidas de santos “La leyenda dorada”, escrito por Santiago de la Vorágine, se popularizó en España y principalmente Francia, a donde llegaron sus reliquias a lo largo del siglo XI.

La leyenda de la milagrosa cura de ceguera a los cerdos, o jabalíes, según las traducciones, y la protección que a partir de dicho acto facilitó al santo una cerda, o jabalina, se hizo tan popular que, enraizada en la tradición, pasó a la historia como el santo patrón de dichos animales, extendiéndose después al conjunto del reino animal.

Es tradición que los primeros conventos de la orden, como tantos otros, se levantaron en el Camino de Santiago, para curar y atender a los peregrinos afectados de peste que por allí pasaban, del mismo modo que es tradición que los canónigos de dichos conventos, en honor al santo y para atender a las necesidades hospitalarias de sus fundaciones, solían soltar por las calles de sus lugares a sus piaras de cerdos, para que se alimentasen libremente o en su caso fuesen alimentados por el vecindario. Su carne, una vez sacrificados, serviría para dar de comer a los hospitalizados, o para atender la caridad de quienes lo solicitasen, al tiempo que su grasa, bendecida por intercesión del santo, se emplearía para la curación o alivio del llamado “fuego de San Antón”.

Nada de esto ha llegado hasta nosotros sobre el convento atencino. Si los avatares históricos por los que pasó, ya que fue derruido durante la invasión de las tropas